

afecto, se siguió una larguísima conversacion, sobre la enfermedad y la próxima muerte del tío, lo que formaba su cuantiosa fortuna, el cariño que siempre habia profesado á mi padre, su conducta tan noble y bella, los inmensos bienes y servicios que habia hecho á su patria, y en fin, sus mil cualidades morales, que tan notable le habian hecho; cuando concluyó esta conversacion, mis padres me dejaron sola, entregada á mis propias reflexiones.

Desde aquel dia, comenzamos mi madre y yo á hacer los preparativos del viaje.

Escribí entónces á Arturo lo que pasaba, y éste me suplicó que no partiese, porque mi ausencia podria causarle la muerte.

Desde aquel instante, mi deseo de ir á España fué mas débil, y cuando mi padre nos dijo, que la peste estaba en Veracruz, y que no queria exponernos á los peligros de un viaje en un mes en que el mar está agitado, habiendo fuertes tempestades; y como su ausencia por otra parte seria corta, queria partir solo, y prometiéndonos volver tres meses despues, siendo así menos sensible esta ausencia; yo me resigné á su voluntad, y aunque su separacion me arrancó dolorosas y amargas lágrimas, bendije al cielo de su disposicion Omnipotente.

Mi madre escuchó silenciosa las palabras de mi padre, y no tuvo más respuesta que su copioso llanto; yo tambien lloraba, y él conmovido nos estrechaba á ambas contra su pecho.

¡Tristes fueron los dias que trascurrieron! Mi madre y yo, afligidas y llorosas, le preparábamos todo, y cuando llegó el dia de partir sentimos que nos faltaba el valor.

Nuestra despedida fué tierna y dolorosa; mi padre nos bendijo á ambas, encargándonos la una á la otra; y reiterando su promesa de no tardar más de tres meses, partió con el corazon despedazado, y dejándonos sumergidas en el llanto y el dolor!.....

Al recordar Marta la partida de su padre, derramó abundantes lágrimas, y nosotras lloramos tambien con aquella hija desventurada, á quien el destino habia azotado con tan rudos golpes.

La relacion de Marta habia llegado hasta aquí, cuando amaneció el dia en que debiamos arribar á la Habana, y desembarcar en la hermosa Isla de Cuba; nuestro alboroto era inmenso, el entusiasmo nos trasportaba de contento.

Despues de permanecer algunos dias en el mar, la proximidad de la tierra causa cierta sensacion de placer y de contento indescribible.

Tres dias habiamos estado en Alta Mar, y al



ver las aves y la tierra en lontananza, palpitó nuestro corazón, y una plegaria de gratitud, se elevó hasta el sólio del Eterno!.....

Preparadas ya y llenas de alborozo, nos hallábamos sobre cubierta, cuando la ancha cinta de tierra, que habíamos visto á lo léjos, desapareció á nuestra vista.

Notamos gran agitacion á bordo; el segundo capitan iba y venia, pintada en su semblante la ansiedad y la angustia; la tarde declinaba ya, y nosotros no llegábamos; la impaciencia reinaba en nuestro pecho, y sobre cubierta, al lado de Marta, mirábamos sorprendidas la agitacion que á cada instante se hacia mas notable.

Repentinamente circuló por el vapor una noticia, que llenó de luto y espanto á todos los corazones, y fué que el segundo capitan se hallaba en extremo affigido, porque ignoraba el lugar donde nos encontrábamos; que el vapor estaba perdido y probablemente no llegaríamos á la Habana.

Esta noticia, como es natural, difundió por todas partes la alarma; en todos los semblantes se pintaba la angustia, y la agitacion del segundo capitan iba en aumento: el vapor seguía abanzando y las horas trascurrían; todo el placer que ántes teníamos, tornóse en agudo dolor.

¡Estar perdidas en el Océano!.....

¡Tal vez morir en medio de la desesperacion y de la angustia!.....

¡No volver á ver á nuestra patria!.....

¡No encontrarnos ya de nuevo en el seno de nuestra familia!.....

¡Quizás se ignoraria nuestra desgracia!.....

¡Quizás nadie sabria el lugar en que habíamos perecido!.....

¡Estos pensamientos nos destrozaban el alma!

Agolpábanse en nuestra mente las más tristes reflexiones que, á la par que nos contristaban, nos hacian sentir con más fuerza el peso de nuestro infortunio!

Que, ¿nunca volveremos á pisar las playas mexicanas? nos preguntábamos á nosotras mismas.

¿No volveremos á pasar aquellas dulces horas, al lado de nuestra familia? ¿No volveremos á ver aquellos séres tan predilectos de nuestro corazón?

¿No volveremos á estrechar en nuestros brazos, á las amigas de la infancia, las compañeras de nuestros infantiles juegos, las partícipes de nuestras pasadas alegrías?

¡Ideas eran estas dolorosas y terribles!.....

¿Por qué nos abrumaban con todo su peso? ¿por qué nos hacian sentir impresiones tan fuertes en una edad tan tierna?



La sensibilidad estremecía en aquel momento las fibras todas de nuestro corazón; sentíamos un peso abrumador, y en nuestros ojos querían abrirse paso las lágrimas; ¡tal era la fuerza de nuestro dolor! ¡pero vano recurso son las lágrimas en tan críticos momentos! el corazón oprimido no encuentra en ellas consuelo, y son tan solo un desahogo inútil y estéril de la naturaleza!.....

¡Tener en perspectiva una muerte tal vez inevitable, horrorosa, y verla venir con sangre fría, es cosa que está fuera de la voluntad, más allá de las fuerzas del hombre; solo Dios puede dar la resignación en lanzes tan críticos de la vida!

¡Pobre humanidad!

Toda la tripulación se hallaba en una alarma espantosa, y como siempre sucede en estos casos, se ocupaban en criticar al capitán, que no conocía la entrada de un puerto tan notable y frecuentado como el de la Habana.

Nuestro buque vagaba errante y á la ventura en ese Océano sin límites; todos tendíamos la vista por ver si descubríamos en el horizonte algún principio, alguna sombra de tierra, algún punto de consuelo. ¡Vanos deseos del corazón! ¡Inútiles esfuerzos!

Solo agua y cielo: siempre cielo y agua se presentaban á nuestra exaltada imaginación.

El capitán, afligido y avergonzado, confesaba no saber el lugar en que nos encontrábamos,

¿Qué hacer en este caso? tan solo nos restaba un medio, recurrir al que todo lo puede. Nos postráramos sobre cubierta, eleváramos los ojos al cielo, dirijimos una ferviente plegaria hasta el trono del Eterno; pedimos á ese Dios clemente velase por sus criaturas, y este Padre compasivo se apiadó de los errantes navegantes, y un rayo de esperanza descendió á nuestras almas.

¡Sublimes consuelos de la religion católica!... ¡dulces efectos de la oración!

Quando nos levantáramos estábamos más tranquilas; repentinamente un grito de placer se escapó de nuestro pecho, y fué repetido por la tripulación entera; habíamos descubierto las velas y los mástiles de otro buque que se dirigia hácia nosotros.

¡Dios enviaba la salvacion y la esperanza!...

Pronto estuvimos cerca; nuestro vapor viró, y nos dirigimos hácia el otro vapor; mas al ver nuestro movimiento, quién sabe que temor infantil se apoderó del capitán de aquel buque: á medida que nos acercáramos, él se alejaba de nosotros á todo vela, y parecia evitarnos, lo cual á la verdad nos pareció muy extraño, porque no nos encontráramos en esos tiem-



pos en que los piratas invadían los mares, y se iban al abordage haciendo multitud de víctimas. No podían por lo tanto tener este temor; y entónces ¿por qué huir? No lo comprendíamos.

Al fin, viendo aquello, tuvo el segundo capitán una idea feliz; enarboló la bandera americana, y entónces el otro vapor izó la de España, y en vez de huir, viró y se puso á parlamentar con el capitán de nuestro buque.

¡Qué sensaciones tan dulces experimentámos en esos momentos!

En la inmensidad del Océano habíamos encontrado un amigo, que iba á salvarnos con sus consejos de un grave peligro.

¡Providencia admirable la de Dios, que jamás abandona á sus criaturas!..... ¡Vela continuamente sobre ellas, y las libra de los peligros más imponentes!....

Los dos vapores se pusieron el uno frente al otro á una corta distancia; el segundo capitán arrojó entónces sobre el vapor español un grueso tubo, y el capitán del vapor español lo tomó en sus manos y lo colocó en su oído; la tripulación entera de ambos buques estaba sobre cubierta, viendo con marcado interés lo que pasaba; pronto los dos capitanes estuvieron en actitud de comunicarse.

¿Qué pasó entónces? la respuesta es muy sencilla; el segundo de nuestro buque preguntó al otro, ¿en qué punto nos encontrábamos, y cuánto tiempo nos faltaba para llegar á la Habana?

«El Príncipe» (este era el nombre del buque español), contestó á nuestras preguntas, diciéndonos: que teníamos que retroceder, porque nos habíamos pasado cinco millas de la Habana, é indicó con precision y claridad todo lo concierne al más claro conocimiento de la posición del puerto; recibió nuestras felicitaciones y más cordiales gracias, y ambos vapores se separaron, perdiéndose pronto de vista el uno del otro, en medio de los saludos y *hurras* que ambas tripulaciones se dirigían sobre cubierta al alejarnos.

El segundo capitán del «Manhatan» se encontraba muy avergonzado, la sangre le brotaba del rostro, y pedía á todos los pasajeros las más humildes excusas.

¡Pobre! nosotras le teníamos compacion por que la crítica contra él era terrible; pues la entrada al puerto de la Habana es marcadísima, y segun multitud de opiniones respetables, es imposible equivocarla.

Nuestro buque, como era de esperar, cambió entónces de posición, y comenzó á desandar lo que ántes habia adelantado.



Lo que nosotras sentíamos era llegar al puerto á una hora avanzada, en que ya no se permitiera la entrada al vapor, y tener que pasar la noche á bordo, dando vueltas al derredor del puerto; cosa era horrible, pero quizás inevitable, ¿qué remedio?

Pronto se presentó la tierra á nuestra vista; apenas se descubría al principio, pero á medida que nos acercábamos á ella, la distinguíamos claramente, y brotaron en nuestro corazón mil gratas sensaciones, dando gracias al Eterno al vernos ya próximas á ella, despues de haber vagado errantes en la inmensidad del Océano!...

Ya la costa la veíamos bien cerca, y era preciso que así fuera, porque la oscuridad que nos rodeaba no nos habria permitido distinguirla á mayor distancia.

¡Hay placeres indefinibles!... ¡emociones del alma que no se pueden expresar!... ¡Oh! imposible nos sería tratar de describir el inmenso júbilo, que se apoderó de nosotras, cuando volvimos á ver la tierra!

Es cierto que lo que nunca se ha perdido, no se sabe apreciar; por eso nuestro corazón en esos momentos latió con violencia, y un placer inmensurable lo inundó todo entero.

¡Qué bella aparecía ante nuestros ojos! era á

nuestro juicio en ese instante de fascinación la obra maestra del hacedor Supremo. ....

Con cuanto anhelo deseábamos vernos pronto en ella!

Esto no pudo efectuarse como lo habíamos ya previsto. Eran las nueve de la noche cuando pasábamos frente al «MORRO» nuestro buque avanzaba pausadamente, cuando la voz de un centinela, que se hallaba en el fuerte, nos sacó á todos de la profunda atención, con que nos fijábamos en el hermoso faro y en las luces de la ciudad que más allá se distinguían.

«Alto el vapor.» «No pasa el vapor.» exclamó, y volvió á reinar el más profundo silencio.

Nuestro buque, sin atender á la orden recibida, continuaba avanzando; la voz del centinela, entonces, resonó de nuevo, y entre él y el capitán se entabló el siguiente diálogo:

—¿El nombre del Vapor?

—«Manhatan.»

—¿Su punto de partida?

—Veracruz.

—¿A donde se dirige?

—A New-York.

—¿Qué línea?

—Norte americana.

El centinela calló. Todos sobre cubierta espe-



rábamos ansiosos el desenlace de aquella escena; el buque habia hecho alto para comunicarse con el «MORRO,» y el capitán esperaba impaciente una respuesta. Así trascurrieron diez minutos. La voz del centinela se hizo oír de nuevo.

«El gobernador del «MORRO,» dá su permiso para que pase el vapor» dicho esto, desapareció de nuestra vista.

El buque entónces, continuó su marcha, y nosotras dimos gracias al cielo, porque al fin íbamos á desembarcar; habríamos caminado doce minutos cuando de un *Ponton* anclado en la bahía á pocos pasos de nosotras, salió la voz de «*Alto el vapor*» resonando de nuevo en nuestros oídos; esto nos produjo una sensacion de disgusto.

«Se tiene permiso del «MORRO» para pasar.»  
«No entra el vapor.»

—La hora es avanzada, la salida peligrosa, y carecemos de práctico; que venga, y el vapor saldrá.

—El práctico no puede trasladarse á bordo.

—Pues arrojaremos el ancla, añadió decidido el capitán.

—Si tal haceis, nos obligareis á hacer fuego sobre el vapor.

—Hacedlo, y los Estados-Unidos harán su reclamacion.

A esta amenaza se siguió el silencio; nosotras llenas de agitacion, temíamos una catástrofe en el vapor que permanecía en el mismo sitio; á cada instante esperábamos una descarga; el ruido de unos remos vino á tranquilizarnos, poco despues, un bote atracaba á nuestro buque, y el práctico tomaba el timon.

El vapor viró entónces, salimos del puerto, y nos vimos obligadas á pasar la noche vagando por el Océano.

Fatigadas por las fuertes impresiones que habíamos recibido en el día, y disgustadas de pasar una noche mas á bordo, paseando en el mar, nos retiramos á nuestros camarotes; eran las once de la noche.

A la mañana siguiente, penetramos sin obstáculo en el hermoso puerto, y á las nueve, anclado el vapor, nos trasladábamos en el bote «México» á la playa.

Nuestro placer y alborozo por llegar á tierra era inmenso.

Nuestros deseos se realizaron al fin, y algunos momentos despues, desembarcábamos en la hermosa isla de Cuba, *La Reina de las Antillas* como la nombran los españoles.